

están convencidos de esto; otros, porque, si no bajan a la capilla pronto, -piensan- el prefecto, desde atrás, les va a fichar. Chicos que van a clases: a clases, aridas al principio, interesantes, tal vez apasionantes, más tarde, si tienen la suerte de encontrarse con un buen profesor o si no tienen la mala suerte de que sus exigencias, muchas veces justas, sean desgraciadamente desvaloradas, impedidas, por algunos que creen tal vez esto lo mejor. Chicos, que se asoman al balcón y miran delicadamente, limpiamente, a esa chica, sencilla, buena, que pasa despreocupada bajo sus ojos, hasta que pierde al doblar la esquina. Y se siente incompletamente solos. Ellos sienten la necesidad de amar a esa chica y a todas las chicas; pero quizás se esfuerzan, equivocados por matar, suprimir, y no dirigir, este afecto, maravilloso, bueno, lícito, que brota naturalmente, espontáneamente. Chicos, que salen de paseo un día plomizo, turbio, porque a las cuatro menos cuarto, una mano dura, irreflexivamente, inconscientemente, ha oprimido el timbre. Yase nojan. Chicos, que tienen crisis de Fe, hasta sentirse terriblemente, brutalmente, solos y que les cuesta ver a Dios entre cuatro paredes doradas. Crisis de vocación, duras, inciertas. Crisis. Lucha: victorias, y también, a veces, derrotas. Chicos alegres. Chicos un poco tristes sin ellos mismos saber por qué. Chicos alegres y tristes, ya que sienten que mañana, pasado, dentro de tres, cuatro días, dirán adiós al Seminario: a sus viejos amigos, a compañeros y superiores, a claustros, patios, pasillos, que con el tiempo, yo no sé por qué, también llegan a quererse, porque han visto que Dio les llama por otro camino. Y a pesar de malas o no demasiado buenas impresiones recibidas, a través de seis, siete, ocho años, puede más lo positivo. Y duele el irse.

Es un grupo de hombres, que dentro de uno, dos, tres, cuatro años, van a ser curas. Hombres, que se mueven al compás de una mano que aprieta el botón negro, del timbre, que está en la esquina de un tránsito oscuro. Hombres, que van a clase: a clases buenas, a clases deficientes, y exigen, sin armar excesivo barullo, eso a lo que tienen derecho: una buena explicación. Y tal vez no es les oye, se pisotea, si quereis con buena voluntad, sus derechos. Hombres, que han visto, que ven, que verán chicas ... Chicas delicadas, sencillas, buenas, que les han gustado, que les gustan, que les gustarán ... Pero que un día, un buen día azul, han levantado sus ojos, limpios, hacia El y le han dicho:

- Sí, Señor, Gracias por tu elección.

Porque tienen un corazón muy grande...

Hombres, que incluso juegan al fútbol divertidamente, interesantemente. Hombres, que temblorosos, con lágrimas en los ojos, se van acercando a la meta ..., que, esta noche, nerviosos, sencillos, niños, apenas han podido dormir. Porque hoy, van a ser curas ... - Y mamá, papá, Francisco Javier, el hermano pequeño, a caso desde el cielo, mirarán, sonrientes, a su José Luis, a su Antónito, a su niño, que ya es cura.

Es un grupo de superiores, de profesores, que lentamente, oscuramente quizás, diariamente, gastan su vida por estos niños, por estos chicos, por estos hombres, que son el Seminario.

El Seminario es o debe ser AMOR. AMOR entre estos niños, estos chicos, estos hombres, estos superiores. Y no amor, así, raquíptico, con minúsculas=AMOR, con letras grandes: abierto a todos, de una manera especial.

Pienso que este AMOR es amar a los otros, pero dejándonos amar por los otros, dejándonos calentar, poco a poco, como las rejillas de hierro, negras, cruzadas, de nuestro Seminario:

por los niños pobres, sucios,

por los niños así, como el quizás habeis visto esta

mañana,

por los niños de la calle ....